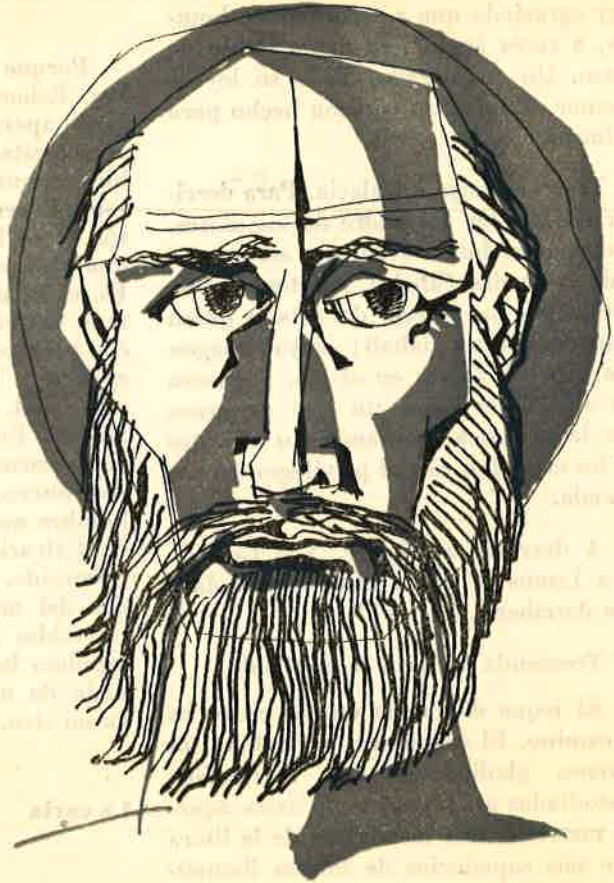


SEÑAL DE CONTRADICCION

José R. Bidagor, S. I.



(Sugerencias de la epístola a los Gálatas)

«Yo por medio de la Ley morí a la ley, para vivir a Dios. Con Cristo estoy crucificado, pero, vivo.., no ya yo, sino que Cristo vive en mi...»

(Gal. 2,19 y 20)

Sobre las puertas de la ciudad, con la estúpida mirada perdida, un gorro frigio en la cabeza, y dos cuernos nacidos de las espaldas, estaba Men, la divinidad indígena masculina que los romanos llamaban Lunus. Una lanza en la mano era su cetro.

Y a la orilla del río alpino, rumoroso y atrevido, los buenos gálatas, los griegos y los pensionados romanos—

“como hoy los turcos bajo los plátanos de las orillas... están tendidos en esteras, tomando café y fumando con narquile...”— se tendían y miraban con curiosidad a los recién venidos.

Venían dos hombres. Impresionantes como dos dioses. (En algún sitio los tomaron por Júpiter y Hermes...). El hombre “pequeño, cejijunto, con una nariz aguilena algo larga, escasos

cabellos, piernas torcidas y de rostro muy agraciado que a veces parece hombre, a veces ángel”, se llama Pablo de Tarso. Un enamorado. Toda su ley es el amor. Y tiene un corazón hecho para el fuego.

Trae ese fuego a Galacia. Para derribar las fábulas del padre de los dioses, que siempre busca aventuras amorosas; y de la madre Cibeles, constantemente llorosa por la muerte de Atis, a quien despedazara un jabalí; cuya imagen (de Cibeles) bañan en el río, y pasean los sacerdotes sobre un tiro de asnos por la comarca, cobrando los tributos de los crédulos, por el privilegio de una mirada.

A derribar a Júpiter. Y a Cibeles. Y a Lunus el de la imbécil mirada... Y a derribar... la Ley!!

Tremenda audacia la de Pablo.

El jeque de Persia que se cruzó en el camino. El camellero de Arabia; los jóvenes gladiadores que marchaban custodiados al anfiteatro; y hasta aquella matrona, tras los visillos de la litera que seis capadocios de libreas llamativas transportaban, miraron a Pablo con indiferencia. Los hombres tendidos junto al río, le miraron con curiosidad. Los judíos, a estos dos judíos, los empezaron a mirar con odio.

Los cátaros de siempre; los intoxicados; los circuncisos que se vestían de la ley como con un amianto invulnerable al incendio de todos los malditos; los escogidos que agrupaban sus privilegios de ser únicos, entre los indecibles muros de su sinagoga, “se levantaron de los bancos con feroz apasionamiento. Vocerío y silbidos interrumpieron al orador. ¡Afuera! ¡Es un renegado! ¡No queremos semejante Mesías! La envidia y la soberbia nacional les obstruyó el camino de la verdad”.

¿Por qué?

Porque Pablo había muerto a la Ley. Echando fuera de sí toda esa ortopedia aparatosa y engolada que mantiene molestamente tiesos a los inaguantables circuncisos, se ha lanzado desnudo sobre la cruz que soporta al desnudo Jesús, y se ha fundido con El. Empieza una vida nueva. Extraña. Maravillosa. Es un hombre muerto; y es un resucitado extraordinario. No sigue viviendo él; pero se mueve con una energía paradójica. Tras sus ojos abiertos como un fanal, un espíritu indescifrable alienta. Es un iluminado. Lo que lleva en la carne, bajo la carne, es un corazón nuevo. San Pablo es el auténtico hombre nuevo nacido en la arada tierra del Calvario, bajo un riego de sangre estremecida. Allí se ha removido la piedra del mundo viejo. Se han partido las tablas de la Ley. Y del fondo del sepulcro ha nacido Cristo, como encarnado de nuevo en sus cristianos. “Yo ya no vivo. Cristo es el que vive en mí”.

La carta

Cuando Pablo partió de Galacia, se dejó el corazón —ese corazón milagroso como una Eucaristía permanente, del que comen uno y mil, y tanto estos como aquél—, entre aquellos que prefirieron la gracia a la Ley. Habían llorado fuertemente sus rudos corazones al ver a Cristo muerto (Gal. 3, 1). Mutuamente se habían felicitado de tener a Pablo entre ellos, con el gozo sencillo y fragante de las almas aldeanas (4,15). Y al verle sufrir, tal vez enfermo de los ojos, quisieron arrancarse los suyos propios para dárselos al amigo de Dios y de ellos (id).

Después llegaron los fascinadores (Gal. 3, 1). Como a niños a quienes se encandila con fuegos artificiales, desplegaron de nuevo la pirotecnia de los manjares y los ritos, las lunas nuevas y el

encanto minúsculo de las mil prescripciones, sutiles como de seda.

Y Pablo tomó la pluma. Y se puso todo él, con su valentía y su amor, desplegado, sobre la carta. Frente a la Ley está Dios que dió la Ley. El autor y el consumidor. Dios cierra los términos de la Ley, paradójicamente, con el broche de Cristo crucificado. Y es la Ley misma convertida en una práctica sin vida, dura como un hierro, la que se alza para quitar la vida a Cristo. Al entrar la Ley, como una lanza tirada a matar, en el costado de Cristo, consumando el crimen, desborda de allí el torrente de una vida nueva (del costado de Cristo nació la Iglesia...); una vida hecha de amor. Amor que funde y hace uno a todo el que en él se sumerge. Todo el que se lanza —en una aventura indecible, a cuerpo limpio— en estas ondas, amanece en la fe de otra vida. Es ya un caballero andante paradójico y extraño, portador de la vida de Cristo que le bulle dentro, y le pone de frente al mundo. Es un hombre que lleva sobre la frente la señal de la contradicción. Es, sencillamente, un cristiano. (Qué doloroso ante esta verdad, el desfile de muchos cristianos de hoy: ambiciosos, lujuriosos, egoístas... sumergidos en el mundo y viviendo de él, con él, por él...).

Muerte de la ley

Cristo. La palabra clave que todo lo explica. Al apartar Pablo a los gálatas de los formulismos legistas, no les ha dejado con las raíces al aire. Los ha injertado en Cristo. Esto es la explicación de todo:

Metidos en Cristo. Más: Hecha su vida con la fecundidad de la de Cristo. No hay que buscar fuera de El otra justicia. Las normas de la Ley sin la fe (fe que es entrega, es amor, es esperanza...) en Cristo, son letra muerta. ¿A qué viene pues volver a las estructuras ya pasadas? Si a un cristiano que vive

injertado en la Vid, le hace falta además la Torá, con su abrumadora casuística y su enorme peso humano (1), es porque Cristo no basta. Injertados en Cristo todavía somos pecadores (Gal. 2, 18). Luego la vida que nos da Cristo, es pecado (Gal. 2,17) “¿Será que Cristo es agente del pecado? ¡Jamás!” (17).

La Ley de Moisés tenía unos días de vida limitada. Era hasta Cristo. Y con ella muere una era. Su ocaso anuncia una vida. “Por medio de la Ley morí a la Ley, para vivir a Dios”. Llevada por ella, la humanidad ha hecho ya un camino. Al fin, esperaba, con los brazos abiertos como una invitación, un crucificado. Ante El hay una sola postura: Crucificarse.

Con Cristo

Con-crucificarse. Hay una enorme fuerza escondida en ese prefijo, *con*. Empezamos a participar en una misma acción con la persona crucificada. Todo lo de Cristo desde ahora, es nuestro.

(1) Los judíos de tiempo de Cristo y de Pablo habían hecho de la Ley un ídolo. La Torá era como la encarnación de la voluntad divina, casi idéntica al mismo Dios... Ha bajado del cielo y es perfecta. Nadie puede discutir su autoridad... Era un verdadero ídolo. En la Ley que reprueba San Pablo entran no sólo las enseñanzas de Moisés, sino también las enseñanzas de los hombres... Los rabinos no habían penetrado en el espíritu de la Ley y los profetas. Dedicados al estudio de las tradiciones humanas, colocan en el mismo plano la palabra de Dios y la del hombre. Llegan a derribar de su trono la palabra de Dios para que reine la palabra del hombre... Todo este conjunto había falseado la verdadera Ley de Dios, la había hecho verdaderamente perjudicial, la había sacado de sus auténticos cauces divinos... La Ley que tenía un fin relativo y de medio se consideraba como absoluta y suficiente. (LEAL, «El mundo de los Ev.» pp. 61-62).

Sin metáforas. Se trata del sistema íntimo del cristianismo: Vid y sarmiento. Dos y uno. El dinamismo único, de la misma Vid, está en los dos. Coplantados (Rom. 6), revestidos (Gal. 3, 27) de Cristo, pero indespojablemente; metiéndonos más y más en nuestra vida a Cristo (Rom. 13, 14). Y haciéndonos totalmente a Cristo, Vida nuestra. (Col. 3, 4).

Con El morimos, y con El somos sepultados. Y con El también, resucitaremos.

Ya no yo

Pablo (yo, el cristiano) ha muerto. La cruz es una línea divisoria en mi vida. Desde ella; y hasta ella. Hasta ella, todo viejo, inútil, muerto. Desde ella una vida enamorada, imposible para ser mía; que, por ello, es de Dios. "Cristo vive en mí". Es una vida hecha de amor (y amor significa olvido, significa negación, pérdida y hallazgo; pérdida de sí, hallazgo del Otro); que cree en el Amor y vive del Amor; "Me amó y se entregó a la muerte por mí" (2, 20). Y en retorno ensaya aquello del místico nuestro: "Ya sólo en amar es mi ejercicio".

Todo el acento está en el amor. Ponerlo en normas, en legismos, sería como si Cristo hubiera muerto en vano por mí" (2, 21).

Poner en marcha el amor, es poner en marcha al cristianismo.

Actitud cristiana

Desde esa cruz donde pendemos, no cabe más postura que la de Cristo: Despreciados, insultados, heridos por los que pasan al pie de ella. Pero redimiendo: Con una inmensa ternura hecha de sangre; y unos brazos perennemente abiertos a todos los que nos des-

precian, nos insultan, y nos hieren. Con la predicación del crucificado que perdura sufriendo, pero no baja a hacerse uno de ellos, porque bajar sería matarlos. Muriendo pero viviendo. Alentando por "una auténtica fuerza actual, que los hombres nuevos llevan dentro: El Neuma que relaja y desata la intimidad, iluminándola, inflamándola y estremeciéndola".

Para estos hombres de Cristo, "hombres de Dios" (1 Tim. 6, 11; 2 Tim. 3, 17) ha surgido un nuevo imperativo categórico: "El cristiano ha de confirmar prácticamente lo que de hecho es: un ser espiritual", "un hombre subsumido en la comunidad de vida, muerte y resurrección con Cristo, en tal forma que la imagen de Cristo se perfila en él de forma creciente".

Es una ética nueva la que ha amanecido. Los preceptos han perdido su "carácter humano y agresivamente positivo". Se ha producido la reconciliación entre autoridad y libertad. La orden no hiera. La cruz no pesa. El yugo abraza. Y sólo queda el consuelo del amor (Fil. 2, 1).

Frente a los formulismos y la dorada rutina de nuestra falsa vida cristiana. De los que tomamos de la cruz lo que tiene de condecoración dejando lo que posee de vida. De los que en ella buscamos una insignia que "da influencia" o una solapa que "permite llegar". De los nuevos circuncisos que en vez de vida tenemos actitudes, y en vez de caridad un poso de caciquismo con falsos certificados de buena fama. Frente a todo lo que mancha nuestra autenticidad, porque pone al yo frente al Cristo, no cabe más que una generación de hombres nuevos, supremos regalos de Dios al mundo, que perdidos en Cristo, entregan sus vidas, mezquinas, pobres, de tierra, para dar paso a la Vida con mayúscula.

Cristos vivientes, como una procesión de antorchas por el campo dormido en noche. Las antorchas que encendió aquel anciano Simeón al tomar la luz, y alzarla entre las manos estremecidas de júbilo y años: "Este niño está destinado para ruina y resurrección de

muchos..., para signo de contradicción" (Luc. 2, 24).

NOTA.—Omito deliberadamente el citar, aunque he preferido entrecomillar lo que textualmente, o al sentido, está tomado de Holzner («El mundo de S. Pablo», ed. Patmos y «San Pablo, Herald de Cristo», edit. Herder) y de J. Leal (Verbum Domini, 1939, 76 s.).

